



Eduardo Solar Correa

Intimidades literarias

1934

A mi hijo Bernardo Solar Amunátegui



AHORA, en este año de 1934, año de gracia, en que sin saberlo ni esperarlo me han otorgado el Premio Roma, especie de espaldarazo que me hace caballero de la Orden de las Letras, se me ha ocurrido pensar en cómo llegué a ser escritor... Me place imaginar que algún día tendrás tú, hijo mío, el deseo o la curiosidad de conocer estas intimidades literarias y está bien que hoy, que me encuentro de humor para recuerdos, te las vaya refiriendo.

Ha contribuído tal vez, a llevar mi pensamiento por aquellos caminos tan lejanos la afirmación reciente de un crítico, acaso poco psicólogo, de que en mí la literatura es una derivación de mi cátedra, cuando, en realidad, el fenómeno se ha producido precisamente a la inversa. No. Mi vocación de profesor nació de la invencible pasión por las letras que me ha dominado desde la in-

fancia. Creí que, en Chile, el único medio que tenía de vivir en permanente trato con ellas, era enseñándolas; y fui profesor de literatura.

No sé que nunca soñara, allá en mis años pueriles, con llegar a ser profesor. Ni tuve jamás la idea de jugar a las clases, como suelen hacer otros niños. Pero recuerdo muy bien que el primer dinero de que pude disponer no lo invertí en juguetes o caramelos, sino en un libro. Llamábase aquel libro *Historia de Genoveva de Brabante*... Tenía una portada en colores que representaba un bosque, entre cuyos árboles aparecía una mujer muy blanca, con un niño en los brazos, y sin más vestidura que una cabellera rubia abundantísima. Frente a ella, unos hoscos jinetes, cubiertos de armaduras medioevales, la miraban embargados de sorpresa. Ese cuadro, sin duda, debe de haber influido en que eligiera yo aquel libro cuando se trató de invertir mis dineros, pero recuerdo que desde mucho antes me tiranizaba un vehemente afán de poseerlo. ¿De dónde había nacido este deseo? No lo sé. Tal vez yo había visto en alguna vitrina de la calle Victoria, próxima a mi casa—porque esto ocurría en Valparaíso—en alguno de esos baratillos en que se vendían cigarrillos, botones, libros y útiles de escritorio, la portada fascinante. Lo cierto es que aquel pequeño volumen dejó en mi ánimo una impresión muy fuerte. Yo no tenía más de cinco o seis años—aun no sabía leer—y recuerdo todavía, como si fuera hoy, el sitio en que escuché su lectura, suspenso, colgado de los

labios de la mamá buena y complaciente. Era un cuarto amplio, semidesmantelado, que servía a mi madre de pieza de costura y a nosotros de sala de juego. Una de sus puertas estaba ordinariamente abierta y daba a una galería que se iluminaba con el sol de la tarde. Mi padre no olvidó nunca esta rara idea mía de haberme obstinado en comprar un libro antes de saber leer, y alguna vez me refirió que cuando quiso conocer mis impresiones, yo repuse gravemente: «Es una historia muy penosa».

Las criadas me habían contado, por esos mismos días, acaso como un medio de estimular mi incipiente afición por la lectura, algunos episodios de la vida de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, y tuve ganas de conocer la historia completa de tan extraños personajes. Así, la primera vez que dispuse de algunos pesos, compré la obra. Era el segundo libro de mi naciente biblioteca y hube de leerlo en la misma forma que el anterior, pero no me produjo el mismo efecto y más bien experimenté una impresión de desengaño. La narración no correspondía a lo que yo imaginara.

Hay después un largo interregno en mis recuerdos literarios. Mi padre había publicado, en sus mocedades, un tomo de poesías, precedido de un prólogo entusiasta de don Benjamín Vicuña Mackenna, con quien estaba emparentado muy próximamente, y su hermano, mi tío Fermín Solar Avaria—ambos eran inseparables—había hecho otro tanto. Estos dos volúme-

nes poéticas me interesaban vivamente y era mi grande aspiración llegar alguna vez a ser autor de un tomo de poesías. Los versos de mi padre, nacidos en una época de pleno romanticismo de salón, tenían, sin embargo, un acento severo y cierto corte clásico. Los de mi tío Fermín eran, por lo contrario, más ligeros y juguetones y a menudo apuntaba en ellos una nota satírica. No he olvidado cierto epigrama que me sabía de memoria y que tal vez no estaría mal entre los buenos epigramas castellanos:

Frisaba don Teodoro en los cien años
cuando me dió temblando este consejo:
—«No lo olvides—me dijo—el tiempo es oro».
Y yo pensé: ¿por qué, siendo tan viejo,
está entonces tan pobre don Teodoro?

La afición poética venía, empero, desde más lejos. Mi abuelo, don Bernardo Solar Vicuña, solía alternar las faenas agrícolas y mineras a que consagró su vida, con el cultivo de las Musas. Entre viejos recuerdos de familia guardo con veneración una tarjeta amarillenta que lleva su nombre y en la cual se leen estos versos, escritos de su puño y letra:

A enriquecer de dulces emociones
el alma de un anciano entristecido
viniste al mundo hoy, ángel querido,
Que Dios derrame en ti sus bendiciones!

La fecha que hay escrita al pie corresponde al día en que yo nací. Yo era, pues, aquel ángel...

(Evoca más adelante Solar Correa sus recuerdos estudiantiles, pinta el ambiente del colegio de los Padres Franceses y traza un retrato cariñoso e irónico de un condiscípulo inolvidable, triste desde entonces y poeta, enamorado y generoso: Angel Cruchaga Santa María. Cita los versos que se cambiaban, alegres y estimulantes los del futuro crítico e historiador, melancólicos los del autor de «Job» y «Las Manos Juntas». Concluye con estas reflexiones):

Cuando releo, ahora, estos versos y los míos, y a través de ellos descubro el concepto que ambos nos formábamos entonces de la existencia—concepto que, indudablemente, no ha variado con los años—me afirmo en la idea de que la filosofía en cada cual es más que todo cuestión de temperamento y, por ende, la relativa felicidad o infortunio que en el mundo nos toca. Yo nací así, con esa especie particular de optimismo, y la vida, hasta hoy, no me ha demostrado que mi actitud frente a ella esté equivocada.

NOTA.—Una gentileza de la señora Julia Amunátegui de Solar nos permite reproducir aquí fragmentos de las memorias inéditas que dejó Eduardo Solar Correa.—La Dirección.